

PRÓLOGO

Michael Bernhard

Hoy en día, los politólogos de ambos lados del Atlántico leen fácilmente los trabajos de unos y otros, participan en conferencias tanto americanas como europeas y publican en las mismas revistas académicas. Pero esto no siempre fue así. Hace apenas dos décadas, Philippe Schmitter consideró oportuno cuestionar la idea de que existe una ciencia política «transatlantizada».¹ Si bien simpatizó con muchos de los lamentos schmitterianos acerca de las tendencias de la ciencia política estadounidense durante la década de los 90, en particular sus tendencias homogeneizadoras, especialmente allí donde el método tiende a desplazar a la teorización original, todavía diría que desde entonces nuestras comunidades se han acercado entre sí y muchos de nosotros nos sentimos enriquecidos mutuamente gracias a ello.

Algunas áreas de la ciencia política estadounidense, en particular la política comparada y la teoría política, han estado durante mucho tiempo abiertas al pensamiento europeo. La política comparada en particular se ha visto poderosamente influenciada, incluso en ocasiones impulsada, por el impacto de académicos europeos trabajando en Estados Unidos. Esto fue particularmente clamoroso durante el período de posguerra, momento en el que la disciplina realmente alcanzó la mayoría de edad intelectualmente hablando. La educación superior en Estados Unidos experimentó un auge en ese momento con la aprobación de la «Ley de Reajuste de Militares» o G.I. Bill y las legislaturas estatales respondieron invirtiendo en universidades públicas emblemáticas. En estas circunstancias hubo una gran demanda de doctores para cubrir nuevos puestos. Además, dado el papel de Estados

¹ SCHMITTER, P. (2002): «Seven (disputable) Theses Concerning the Future of ‘Transatlanticised’ or ‘Globalised’ Political Science», *European Political Science*, v. 1, n. 2, pp. 23-40.

Unidos durante la Guerra Fría, hubo un crecimiento sustancial en la política comparada, ya que era necesario que los políticos comprendieran que la política de muchas regiones estaba vinculada a la seguridad nacional.

La política comparada en Estados Unidos experimentó en este período una generación dorada de académicos pioneros que convirtieron la ciencia política en una actividad intelectual seria y profesionalizaron la disciplina. Muchos académicos europeos radicados en Estados Unidos, hicieron importantes contribuciones a este esfuerzo. Entre los pioneros en este sentido se encuentran Arendt Lijphart (Países Bajos), Juan Linz (España), Adam Przeworski (Polonia), Phillippe Schmitter (nacido en Estados Unidos, pero crecido en Suiza) y Giovanni Sartori (Italia). Y esto no se limitó solo a Europa, así a la lista de luminarias también se puede sumar Guillermo O'Donnell (Argentina). Si uno lee los relatos existentes de sus vidas académicas, en este corto período en el que la ciencia política se expandía rápidamente como disciplina, uno tiene la impresión de que para algunos la situación en Estados Unidos ofrecía más espacio para desafiar las fronteras disciplinarias así como mejores oportunidades de empleo.² En pocas palabras, la literatura sobre cambios de régimen, las variedades de la democracia, los problemas de representación de intereses y los sistemas de partidos no serían lo que son hoy sin los cinco notables académicos citados anteriormente. Metodológicamente, también seríamos más pobres en áreas como la formación de conceptos, el uso de modelos de procesos centrados en el actor, la comparación transnacional y el institucionalismo de elección racional.

Que Estados Unidos se haya beneficiado de estas importaciones intelectuales de Europa no es nada nuevo. Cuando la movilidad ascendente en Europa se congela o se desata una nueva ola de Gobiernos represivos en el continente, Estados Unidos a menudo se beneficia. Todo esto no quiere decir que los europeos sean los únicos responsables del progreso de la disciplina en Estados Unidos, ni que los europeos en el viejo continente no hayan sido también pioneros en nuevas formas de pensar sobre la política de las que todos nos beneficiamos. Y esto me lleva a mis colegas Zsolt Enyedi y Fernando Casal Bértoa. Los veo trabajando dentro de una gran tradición europea de investigación sobre partidos y sistemas de partidos, una en la que la erudición de Peter Mair, con quien Zsolt trabajó cuando estaba en

² MUNCK, G. L. y SNYDER, R. (2007): *Passion, Craft, and Method in Comparative Politics*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Leiden y el Instituto Universitario Europeo (EUI), y con quien Fernando escribió su tesis doctoral en Florencia, juega un papel trascendental.³ Gran parte del trabajo formativo en esta área fue realizado por europeos (aunque ocasionalmente aparece algún norteamericano).

El trabajo teórico fundacional sobre las raíces sociales de la representación y consolidación de los partidos en torno a un conjunto de divisiones fundamentales fue un esfuerzo transatlántico de Stein Rokkan y Seymour Martin Lipset.⁴ Nuestra capacidad para estudiar empíricamente la institucionalización de los sistemas de partidos dio grandes pasos cuando Mogens Pedersen teorizó la noción de volatilidad de los sistemas de partidos e inventó un indicador estándar con el que comparar diferentes sistemas.⁵ Aprovechando las innovaciones de Pedersen, Peter Mair —en colaboración con Stefano Bartolini— llevó a cabo un magistral estudio exhaustivo de los sistemas de partidos de Europa occidental a lo largo de todo un siglo (1885-1985). Allí exploraron la lógica de la formación y deterioro de los sistemas de partidos, sus ramificaciones en materia del colapso del régimen democrático, así como la estabilización a largo plazo de los sistemas de partidos en pautas de consistente representación de importantes grupos sociales por parte de actores partidistas establecidos.⁶ Esta línea de investigación centrada en Europa se globalizó cuando Scott Mainwaring extendió la teoría y el análisis a los sistemas de partidos en América Latina.⁷ Desde entonces, tales conocimientos se han extendido a nuevos sistemas de partidos democráticos en Europa del Este, África y Asia oriental, y también se han estudiado a nivel mundial.

³ Como la mayoría de los lectores hispanohablantes de este prólogo ya sabrán, Fernando, además de haber traducido la obra de Mair al español (véase CASAL BÉRTOA F. y SCHERLIS, G. 2015. *Partidos, Sistemas de Partidos y Democracia. La Obra Esencial de Peter Mair*. Buenos Aires: EUDEBA) también tuvo la suerte de escribir con él (véase CASAL BÉRTOA F. y MAIR, P. 2012. «Party System Institutionalization across Time in Post-Communist Europe» en MÜLLER-ROMMEL, F. y KEMAN, H. (eds.) *Party Government in the New Europe*. Abington, UK: Routledge, pp. 85-112).

⁴ LIPSET, S. M. y ROKKAN, S. (1967). *Party Systems and Voter Alignments: Cross-national Perspectives*. New York: Free Press.

⁵ PEDERSEN, M. N. (1979): «The Dynamics of European Party Systems: Changing Patterns of Electoral Volatility», *European Journal of Political Research*, v. 7, n. 1, pp. 1-26.

⁶ BARTOLINI, S. y MAIR, P. (1990): *Identity, Competition, and Electoral Availability: The Stabilisation of European Electorates 1885-1985*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.

⁷ MAINWARING, S. y SCULLY, T. (1995): *Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America*. Stanford: Stanford University Press.

Si bien el pedigrí de Casal Bértoa y Enyedi parte de esta línea de investigación, su contribución es ir más allá de la volatilidad en la comprensión de la institucionalización de los sistemas de partidos. Uno bien podría preguntarse por qué dos estudiantes de Mair intentarían trascender una literatura altamente productiva en la que él es una figura central. Parte de eso se debe a la naturaleza del propio Mair como erudito; él mismo estaba siempre un par de pasos por delante de la mayoría de todos nosotros. También entrenó muy bien a sus alumnos. Y como buenos estudiantes, Casal Bértoa y Enyedi retoman el liderazgo conceptual dejado por su mentor y han construido un argumento innovador sobre la institucionalización sistémica en torno al concepto de cierre del sistema de partidos, un concepto elaborado con cierto detalle por Mair (1996, 2007), pero no explorado empíricamente con la misma profundidad que la volatilidad, y mucho menos en un estudio extenso.⁸

El cierre trata de las formas en que los actores partidistas en el sistema interactúan, con particular atención a la formación y salida de los Gobiernos. Este enfoque considera que una institucionalización eficaz del sistema de partidos facilitará el reemplazo de los Gobiernos salientes por sucesores que puedan gobernar eficazmente. Se trata de la previsibilidad en la rotación del Gobierno, un componente esencial en una democracia sana y duradera. Casal Bértoa y Enyedi exploran tres dimensiones diferentes de este fenómeno. La primera dimensión es si el reemplazo del Gobierno en términos de los partidos gobernantes es completo o parcial. Solo el primero indica un sistema cerrado. La segunda dimensión es si las alternativas gobernantes son predecibles. Cuando las alternativas son claras para los involucrados, el sistema está más institucionalizado. Y la tercera dimensión es si los partidos tienen fácil acceso al poder. Éste significa un menor cierre.

Claramente, poner en primer plano la conceptualización de Mair no es solo una continuación de su legado, sino una contribución en sí misma. El libro aporta contenido teórico real al enfoque conceptual dejado por Mair. Y los conocimientos empíricos que aportan son impresionantes, similares al

⁸ MAIR, P. (1996): «Party Systems and Structures of Competition», en LAWRENCE LEDUC, R.; NIEMI, G. y NORRIS, P. (eds.) *Comparing Democracies: Elections and Voting in Global Perspectives*. London: Sage, pp. 83-106; y MAIR, P. (2007): «Party Systems and Alternation in Government, 1950-2000: Innovation and Institutionalization», en GLOPPEN, S. y RAKNER, L. (eds.) *Globalisation and Democratisation: Challenges for Political Parties*. Bergen: Fagbokforlaget, pp. 135-153.

espíritu de Bartolini y Mair, pero todavía más extensos. Los datos compilados cubren todos los sistemas de partidos mínimamente democráticos en Europa entre 1848 y 2019. En algunas de las democracias más antiguas, esto puede significar que hay múltiples sistemas de partidos en su base de datos (por ejemplo, Francia). Exploran la relación entre la edad del sistema de partidos, la edad media de los partidos en el sistema, la fragmentación y la polarización del sistema de partidos para estimar un modelo causal de cierre, y terminan con un capítulo que analiza el efecto del cierre del sistema de partidos en la supervivencia democrática. En esta última faceta se basan en el trabajo de Sartori sobre cómo la dinámica de la competencia entre partidos afecta al desempeño y la durabilidad de los sistemas democráticos.⁹

El libro es intelectualmente ambicioso, conceptualmente innovador, operacionalmente preciso, empíricamente rico y rigurosamente aplicado. Representa la culminación de una forma novedosa de pensar sobre la institucionalización del sistema de partidos. Y es políticamente significativo. Dada nuestra situación actual, la cuestión del deterioro del sistema de partidos y cómo este afecta la capacidad de los Gobiernos democráticos para gobernar y persistir eficazmente no podría ser más importante.

⁹ SARTORI, G. (1976): *Parties and Party Systems*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.

AGRADECIMIENTOS

No podríamos haber creado la base de datos sin la generosa ayuda de académicos procedentes de todas partes de Europa. Nos gustaría agradecer sus contribuciones a Rudy Andeweg, Max Bader, Katarina Beqiri, Ingrid van Biezen, Ieva Briede, Cristoforo Buscarini, Oerd Bylykbashi, Verter Casali, Lucia Cecchetti, Mihail Chiru, António Costa Pinto, Goran Čular, Mikołaj Cześnik, Régis Dandoy, Kevin Deegan-Krause, Hamazasp Danielyan, Kris Deschouwer, Diana Digol, Patrick Dumont, Filip Ejodus, Arolda Elbasani, Wojciech Gagattek, Sergiu Gherghina, Katarzyna Grzybowska-Walecka, Indriði Indriðason, Alex Kirby, Arben Loshi, Peter Mair (D.E.P), Lucia Marfori, Armen Mazmanyan, Andriy Meleshevich (D.E.P), Jan Meyer-Sahling, Juli Minoves-Triquell, Kyriaki Nanou, Vello Pettai, Daniela Piccio, Marina Popescu, Filipa Raimundo, Ekaterina Rashkova, Juan Rodríguez Teruel, Sorina Soare, Maria Spirova, Rokas Stabingis, Aleksander Trechsel, Peter Učen, Ivan Vuković, Wouter Veenendaal, Teodora Yovcheva y, en especial, a Emilia Zankina, Christophoros Christophorou, Giorgio Comai, Sotiris Leventis, Trajche Panov, Dane Taleski, Emilia Zankina y Martins Zemitis. Queríamos dar las gracias también a Lilit Banduryan, Kristina Čelap, Maksym Dvorovyi, Stevan Kandić, Shqipe Mjekiqi, Ludmila Nofit, Daša Šlabčanka, Boban Stojanović y Tamar Tolordava por la ayuda recibida en la recopilación de datos, la traducción de documentos y las entrevistas con políticos, académicos, periodistas, etc. Estamos muy agradecidos igualmente con Joanna Feliszek, quien nos ayudó a reorganizar la información de forma más práctica y estructurada, señalando posibles lagunas y errores. Asimismo, Veronica Anghel, Tim Bale, Cees van der Eijk, David Farrell, Richard Katz, Ólafur Hardarson, Richard Katz, Olivera Komar, Connor Little, Harout Manougian y Gábor Tóka leyeron y comenta-

ron de forma crítica algunas partes del manuscrito. Damos las gracias también a los participantes de diferentes conferencias (APSA, ECPR, HPSA, IPSA, MPSA) y escuelas de verano (ECPR, ODIHR) en las que presentamos los hallazgos de nuestra investigación y recibimos valiosos comentarios. Nos sentimos particularmente en deuda con Martin Mölder, que no solo nos ayudó a elaborar la base de datos, sino también a mejorar la operacionalización de los índices y análisis estadísticos. Deseamos expresar nuestra gratitud a Ferdinand Müller-Rommel, Susan Scarrow y Dominic Byatt por su paciencia y confianza en el proyecto, así como a Tim Haughton, que tuvo la amabilidad de leer el manuscrito final y sugerir algunos cambios.

Queremos reconocer también la ayuda de Elaine Housby con la edición lingüística y de Carmen Ferrando con la traducción al español, financiada con ayuda de la Universidad Central Europea (CEU), así como de los padres de Fernando, que dedicaron su tiempo a leer la versión final en español. Evidentemente, somos los únicos responsables de los posibles errores que puedan haber quedado.

Por último, damos las gracias a nuestras familias, especialmente a Joanna y Anne, así como a nuestros hijos (Aida, Ilona, Alan y Joosep), por todo el apoyo emocional durante el largo período de preparación del manuscrito. Para nosotros es también un verdadero honor que el profesor Michael Bernhard de la Universidad de Florida accediese a prologar esta traducción de nuestro libro.

INTRODUCCIÓN

Un enfoque sistémico de las relaciones interpartidistas

El día de Año Nuevo de 1993, Checoslovaquia se disolvió, dando lugar a dos nuevos países europeos: la República Checa y Eslovaquia. Los checos y los eslovacos habían vivido bajo el dominio de los Habsburgo durante siglos y, más tarde, de 1918 a 1938 y de 1945 a 1993, bajo un estado común. Su coexistencia, su cultura compartida y su experiencia común con el comunismo les proporcionaron un contexto similar para el desarrollo de la democracia partidista. Sus nuevas instituciones políticas (parlamentarismo, sistema electoral proporcional, etc.) y su pertenencia a la Unión Europea (UE) a partir de 2004 aumentaron las fuerzas para la convergencia. Aun así, a mediados de la década de 2000, se consideraba que los checos gozaban de uno de los sistemas de partidos más estables de la Europa poscomunista, mientras que los eslovacos presentaban un panorama partidista más bien caótico.

Esta asombrosa divergencia no lo parece tanto si tenemos en cuenta cuatro factores fundamentales: la experiencia democrática, el nivel de institucionalización partidista, el número de partidos y el nivel de polarización del sistema de partidos. En primer lugar, mientras que la democracia checa se convertía en la única alternativa justo después de la caída del muro de Berlín, los eslovacos luchaban por consolidar su democracia. Los diferentes Gobiernos estuvieron dominados por fuerzas autoritarias durante muchos años, poniendo en peligro la entrada del país a la UE. En segundo lugar, mientras que en la República Checa los liberales, los cristianodemócratas y los comunistas desarrollaron electorados estables, en Eslovaquia los partidos se encontraron con un electorado volátil, ansioso por apoyar a nuevos partidos (para posteriormente rechazarlos), y con élites cambiantes, que se separaban y unían con frecuencia. En tercer lugar, mientras que el sistema de partidos checo no tardó en centrarse en tres o cuatro actores principales, su

homólogo eslovaco permaneció fragmentado. Por último, en el caso de la República Checa, los republicanos de derecha-radical se vieron eclipsados por el antisistema Partido Comunista, mientras que, en Eslovaquia, había partidos radicales a la derecha (como el Partido Nacional Eslovaco y el Partido Nacional Eslovaco Auténtico) y a la izquierda (por ejemplo, el Partido Comunista o la Unión de Trabajadores de Eslovaquia) del espectro político, y el Gobierno y la oposición se cuestionaban mutuamente su legitimidad. Y, más importante aún, los comunistas y los republicanos eran vistos como parias en la República Checa, pero no así los radicales eslovacos: el *establishment* no se podía permitir ponerlos en cuarentena.

Una década después, Eslovaquia tenía un sistema de partidos igual de impredecible, pero la República Checa tampoco era diferente. ¿Qué había ocurrido? Para explicar esta nueva situación, podemos basarnos en los factores que nos han ayudado a encontrar un sentido a la configuración original. La estabilidad del sistema de partidos se vino abajo en la República Checa porque el sistema se volvió más fragmentado y polarizado, con sólidos partidos antisistema tanto a la derecha como a la izquierda y con nuevos partidos que aparecían y desaparecían año tras año. Los cambios en materia de fragmentación, polarización e institucionalización partidista estuvieron acompañados por la aparición de opiniones fuertemente enfrentadas sobre las normas que debían gobernar la política y sobre si se podía considerar legítimos y lícitos a los Gobiernos en el poder o, por el contrario, corruptos y sin poder de decisión.

Al comparar dos países aún más recientes, Montenegro y Kosovo, observamos una lógica similar. Ambas naciones comparten la misma historia, como parte del Imperio Otomano y las diferentes reencarnaciones de Yugoslavia,¹ su composición étnica está fragmentada de forma similar, con amplias minorías serbias, y su economía está relativamente subdesarrollada. Sin embargo, mientras que el sistema de partidos montenegrino es uno de los más institucionalizados de Europa, el kosovar se encuentra entre los sistemas más impredecibles. Esta divergencia tan extrema tiene una explicación similar a la del ejemplo checoslovaco. Montenegro lleva celebrando elecciones parlamentarias y municipales² de forma periódica desde princi-

¹ Montenegro, primero como principado autoritario y después como monarquía, fue independiente entre 1858 y 1918.

² Y dos referendos, en 1992 y 2006.

pios de los años 90 y el establecimiento de la independencia se produjo de forma pacífica. Separados por una fuerte división a favor y en contra de los serbios, los partidos han conseguido mantener la fidelidad de sus votantes y el panorama partidista ha permanecido poco fragmentado, dominado por el Partido Democrático de Milo Đukanović. Al contrario, en Kosovo, las primeras elecciones democráticas se celebraron una década después y los conflictos violentos con Serbia se prolongaron hasta 2013. Las constantes luchas entre facciones impidieron la consolidación de los partidos políticos y mantuvieron un elevado nivel de polarización y fragmentación.

El ejemplo de los estados insulares del mar Mediterráneo coincide con los casos anteriores. Malta y Chipre fueron ambas colonias británicas y alcanzaron su independencia casi al mismo tiempo. Mientras que la historia poscolonial de Malta transcurrió sin contratiempos, el proceso de consolidación democrática de Chipre se vio alterado por el golpe de Estado perpetrado por el ejército griego en 1974, la invasión turca y la división del país. Desfavorecido por la combinación de un sistema electoral extremadamente proporcional, un régimen presidencial, una compleja estructura de clivajes y la presencia de fuertes partidos comunistas y nacionalistas, el sistema de partidos chipriota permaneció fragmentado y muy polarizado. Por consiguiente, mientras que la política partidista ha sido predecible en Malta, desarrollándose en torno a la alternancia de los dos partidos establecidos, el sistema de partidos de Chipre sigue siendo inestable.

Por último, tomemos como ejemplo el caso de Italia y San Marino. Ambos países tienen todavía más semejanzas en cuanto a sus antecedentes históricos y sociales (Imperio romano, fascismo, etc.), su estructura de clivajes, su posición geográfica, su cultura política y su configuración institucional (parlamentarismo y representación proporcional). Además, la estructura de la competición partidista en San Marino ha sido mucho más predecible (al menos hasta mediados de los años 90) que la de Italia. Esto se explica, una vez más, por los cuatro factores que ya hemos mencionado: experiencia democrática, grado de institucionalización partidista, número de partidos en el sistema y nivel de polarización.

Nuestra impresión es que esta lógica explicativa se puede generalizar. Si las relaciones entre partidos son casi igual de estables entre sistemas tan remotos y diferentes como, por ejemplo, Liechtenstein y España, o Portugal durante el período de entreguerras y Letonia, es posible que se deba a que los cuatro factores anteriormente citados juegan un papel similar, que los

fortalecen o debilitan. Cuando una democracia no experimenta crisis demasiado graves y unos pocos partidos políticos se vuelven socialmente arraigados y organizacionalmente estables en un entorno político no polarizado, los sistemas de partidos se institucionalizan.

Tal como demostraremos en este libro, la combinación de estos factores nos puede ayudar a entender por qué algunos sistemas de partidos europeos se han vuelto estables y predecibles con el tiempo mientras que otros no han logrado institucionalizarse, con todas las consecuencias que ello conlleva para el buen funcionamiento de la democracia. Por supuesto, también debemos averiguar exactamente cuáles son las consecuencias de esto. Mientras que la mayor parte del libro se centra en la explicación del «cierre del sistema de partidos» (concepto específico y exactamente mensurable que proponemos como clave para abordar la institucionalización de los sistemas de partidos), el final lo dedicamos a analizar el impacto del cierre en la democracia. Diferenciamos entre supervivencia y calidad de democracia y encontramos una relación sólida, pero compleja, entre estos fenómenos.

La esencia de nuestro enfoque es que nos tomamos en serio las relaciones entre partidos. Al igual que ocurre con los humanos, algunos partidos políticos van cambiando de pareja y otros le son fieles para siempre. En la mayoría de las democracias, la política pública depende de las combinaciones de partidos y, aun así, las ciencias políticas apenas nos ofrecen pistas sobre por qué algunas relaciones son más duraderas que otras, por qué algunos sistemas exhiben pautas estables de competición, pero otros están constantemente cruzando fronteras en materia de alianzas. Nuestro conocimiento sobre el impacto de las estructuras de alianzas predominantes en el contexto político más amplio es aún menos sistemático.

Sin dicho conocimiento sistemático, muchas cuestiones importantes quedan sin resolver. ¿Qué determina la estabilidad de las relaciones entre partidos? ¿Por qué algunos partidos se están desinstitucionalizando y otros siguen avanzando hacia un mayor grado de cierre? ¿Se están realmente desalineando los sistemas de partidos en Europa? Y si eso es así, ¿cómo afecta a la calidad de la democracia? ¿La actitud de los partidos hacia las relaciones abiertas o cerradas influye en la supervivencia de los regímenes democráticos? Estas cuestiones no son únicamente relevantes para la comunidad académica que se dedica al estudio de los Gobiernos, los sistemas de partidos y el comportamiento electoral, sino también para los expertos y los ciudadanos comprometidos que se interesan por la transformación de la democracia

europea. Tratamos de dar respuesta a estas preguntas con la ayuda de una base de datos nueva y amplia, contando con un grupo de indicadores basados en la teoría y empíricamente verificados.

Los capítulos esquematizan las tendencias en las relaciones entre partidos, en el grado de apertura o cierre de los Gobiernos y en los cambios de las pautas de la competición partidista. Vinculamos el grado de institucionalización de las relaciones entre partidos a sus posibles causas, incluyendo la duración de la experiencia democrática, la institucionalización partidista, la fragmentación y la polarización de los sistemas de partidos, la desproporcionalidad de los sistemas electorales, el tipo de régimen constitucional, el desarrollo económico y la volatilidad electoral. Investigamos si un elevado nivel de predictibilidad en las interacciones entre partidos es condición suficiente o necesaria para la supervivencia de los regímenes democráticos y si las diferencias en la predictibilidad de las relaciones entre partidos afectan a la calidad de la democracia.

La investigación presentada en el libro es comparativa con respecto a partidos y sistemas de partidos. Nuestra base de datos única, que contiene información sobre la composición ministerial de más de mil Gobiernos, nos permite comparar 65 sistemas de partidos europeos a lo largo de más de 170 años. Cubrimos todas las regiones de Europa y todos los países independientes, incluyendo los microestados, e integramos a la investigación de los sistemas de partidos casos que nunca se habían estudiado de esta manera. Podemos demostrar, utilizando esta base empírica particularmente exhaustiva, que las respuestas a las preguntas anteriormente planteadas dependen en gran medida del tiempo y del espacio. Incluyendo en los análisis sistemas de partidos extintos (especialmente aquellos que existieron antes de la Primera Guerra Mundial y entre las dos guerras mundiales), somos capaces de demostrar, por ejemplo, que relación entre el período de democratización y el grado de institucionalización (relación a la que tan frecuentemente se ha hecho referencia) desaparece si incluimos en los análisis sistemas extintos.

Los análisis macroestadísticos que aparecen en el libro se sitúan dentro de los debates de los contextos históricos. La inclusión de países pequeños (por ejemplo, Andorra, San Marino y Montenegro) y periféricos (como Albania, Georgia y Kosovo), tradicionalmente ignorados en los análisis comparativos, nos permite evaluar las implicaciones de los sesgos geográficos existentes en la literatura.

A pesar de la riqueza de la información descriptiva presentada en este libro, creemos que nuestra principal contribución al ámbito de la política comparada son las innovaciones conceptuales y las nuevas herramientas de medición que proponemos. Más importante aún, elaboramos una nueva cuantificación de la estabilidad de las interacciones entre partidos en el contexto de la formación de Gobiernos. El nuevo índice se diseñó, siguiendo las innovadoras ideas de Peter Mair (2006), para plasmar la estabilidad en la oferta de la política partidista, al igual que el índice de Pedersen (1979) y sus seguidores pretenden medir la estabilidad de la demanda.

El foco que pone el libro en las alianzas y los bloques ayudará a los investigadores a percibir y comparar los sistemas de partidos desde el punto de vista del comportamiento de los partidos como equipo, y no únicamente en términos de atributos y estrategias individuales. Por consiguiente, nuestra perspectiva sobre el cambio de sistema de partidos otorga la misma importancia a los bloques de partidos que a los partidos considerados de forma individual. El cambio de perspectiva desde los votantes y partidos hasta las relaciones interpartidistas tiene gran relevancia para los sistemas multipartidistas, en los que es frecuente que las verdaderas unidades de las campañas electorales, los Gobiernos y la identificación política no sean partidos sino grupos de partidos.

El cierre del sistema de partidos (o, simplemente, cierre) expresa hasta qué punto la competición a nivel gubernamental está estructurada de forma rígida y predecible. Sostenemos que el cierre refleja mejor la institucionalización de los sistemas de partidos que los diferentes índices creados para medir la estabilidad de los partidos o los electorados. La comparación entre cierre del sistema de partidos y volatilidad electoral nos permite también averiguar la relación que existe entre las pautas de competición partidista y la estabilidad de las preferencias electorales a nivel global.

El cierre se sitúa justo en el centro de nuestro mapa conceptual. Suponemos, y después tratamos de demostrar, que esta característica tan abstracta de los sistemas de partidos, el grado de regularidad de las relaciones interpartidistas, refleja de forma correcta muchas características del entorno sociopolítico, limita otros atributos de los partidos políticos y, finalmente, tiene un impacto en el funcionamiento de la democracia. El cierre resume el grado de regularidad en que los partidos se alternan en el Gobierno, la capacidad de la élite política para mantener a los nuevos partidos fuera del ámbito gubernamental y la tendencia de los partidos a repetir fórmulas de

coalición ya conocidas. Aunque también analizaremos los componentes individuales de este concepto sintético, en la mayor parte del libro trataremos el cierre como un atributo distintivo de los sistemas de partidos y nos preguntaremos por su relación con otros atributos.

Consideramos que esta obra es el próximo paso lógico de la tradición iniciada por Giovanni Sartori (1976), quien conceptualizó los sistemas de partidos en base a las interacciones interpartidistas. La definición y tipología que Sartori hace de los sistemas de partidos ostenta un estatus canónico en la ciencia política, aunque la lógica fundamental de su método rara vez ha sido tomada en serio. Con una minuciosa atención a la formación de conceptos y la operacionalización, nuestro libro demuestra cómo la intuición de Sartori, según la cual las interacciones entre los partidos políticos de acuerdo con un patrón forman el núcleo de la dinámica de los sistemas de partidos (véase también Smith, 1989 y Mair, 1997), se puede convertir en hipótesis mensurables y comprobables. Para llegar a una categorización austera de los sistemas de partidos, una con el poder de predecir el grado de cierre y la polarización, hemos mejorado las tipologías existentes considerando los polos, en contraposición a los partidos, como el principal criterio estructurador.

El análisis presentado en el libro ofrece una nueva perspectiva de la dinámica de la institucionalización de los sistemas de partidos, complementando los estudios existentes que han sido principalmente diseñados en torno al comportamiento de los votantes o la fragmentación electoral. También complementa la obra académica sobre la formación de coaliciones y la creación de partidos situando prácticas actuales en pautas históricas de larga duración.

A la hora de buscar pautas y relaciones causales, recurrimos a una amplia gama de métodos, desde estrategias comparativas clásicas como el diseño de los sistemas más parecidos y diferentes, hasta herramientas estadísticas basadas en la regresión, el análisis cualitativo cuantitativo comparado booleano (QCA por su abreviatura en inglés), el análisis de supervivencia, el análisis de congruencia, las comparaciones bipolares y el rastreo de procesos. Debido a la evidente complejidad del tema, no podemos proporcionar detalles históricos minuciosos en cada momento, pero siempre que lo hemos considerado necesario hemos hecho referencia a políticos, crisis políticas y desarrollos sociales concretos. De forma resumida, el libro contiene una descripción de la evolución de todos los sistemas de partidos europeos

a lo largo del tiempo, identificando con claridad los cambios más importantes y delineando las distintas fases. El debate sobre los diferentes episodios de la política partidista estará guiado por la ambición global de explicar por qué los sistemas de partidos europeos se han institucionalizado o colapsado y cómo lo han hecho.

Los análisis de los desarrollos más recientes, especialmente en las nuevas democracias, cuestionarán el supuesto tan ampliamente aceptado (por ejemplo, Diamond, 1997) de que la infrainstitucionalización representa la única amenaza (o, incluso, la principal) para la calidad de la democracia, demostrando que, bajo determinadas condiciones, el exceso de institucionalización puede ser tan peligroso como la falta de estructuras predecibles.

Estructura del libro

Antes de analizar las causas y consecuencias del cierre del sistema de partidos, necesitamos entender qué significa. Una vez establecidas las bases de una nueva forma de entender la política partidista centrada en la cooperación, vistas las razones por las que los analistas deberían ir más allá del análisis de los partidos políticos e incluir bloques o polos cuando piensan en tipologías de sistemas de partidos, el primer capítulo elabora el concepto de cierre del sistema de partidos, relacionándolo con el concepto más amplio de institucionalización del sistema de partidos.

El capítulo 2 trata de la operacionalización de los tres aspectos del cierre, así como de la creación de un índice compuesto del cierre, su estructura y su validez. En este capítulo también se introduce con detalle la base de datos de 65 sistemas de partidos europeos que se utiliza en el libro. Los siguientes capítulos analizan de forma resumida sus perfiles e historias:³ el capítulo 3 trata de los sistemas de partidos que existen en la actualidad,

³ Hemos intentado, a lo largo del libro, sustituir los acrónimos de los partidos por denominaciones genéricas, como liberales, socialistas, etc. En la mayoría de los casos, estas denominaciones reflejan tanto la ideología del partido como su nombre real. Hay dos excepciones notables. En primer lugar, algunas denominaciones ideológicas, como populistas, no son aceptadas por los respectivos partidos, pero al ser ampliamente utilizadas en la literatura, nosotros también lo hacemos. En segundo lugar, algunos partidos tienen un perfil ideológico difuso, pero un nombre bien establecido, como Radicales o Demócratas. En esos casos, utilizamos estas marcas-identificaciones, dado que es así cómo se conocen en su entorno político.

mientras que, en el capítulo 4, se describen casos históricos. En estos dos capítulos, vemos también la dinámica del cambio de sistema de partidos, asociando cada sistema de partidos con una trayectoria específica de la evolución del cierre y cada período con un tipo específico.

Desde un enfoque comparativo, el capítulo 5 identifica las tendencias generales más importantes del cierre a través del tiempo, comparando países centrales y periféricos, macrorregiones de Europa y diferentes períodos de tiempo. Este capítulo trata también de la relación que existe entre las diferentes trayectorias y tipos de sistemas de partidos y, especialmente, con respecto al cierre, se establece un ranking final de los niveles de institucionalización de los sistemas de partidos europeos.

Los siguientes cuatro capítulos se centrarán en las cuatro causas principales de cierre que se mencionan en el capítulo 1. El capítulo 6 trata de la influencia del tiempo y, en particular, del impacto que la edad y el período de nacimiento de la democracia tienen en el grado de cierre. Al comparar cierre con volatilidad electoral y adoptar un enfoque histórico innovador, no solo estamos demostrando la importancia de observar los casos históricos, sino también cómo la parte de la oferta (es decir, gubernamental) y de la demanda (o sea, la volatilidad) de los partidos políticos están conectadas entre sí.

En el capítulo 7, abordamos con más profundidad la institucionalización de los partidos políticos, en contraposición con la institucionalización de los sistemas de partidos *per se*, e introducimos un nuevo índice compuesto utilizando las dos dimensiones principales del concepto. Tras el análisis de las tendencias en función del tiempo y la región, establecemos el grado de variación entre cierre e institucionalización partidista, no solo a nivel global, sino también en casos particulares individuales, con especial atención a los posibles casos atípicos. La misma estructura aparece en los dos capítulos siguientes, que analizan respectivamente la fragmentación y la polarización, y repasan los debates clásicos de la política comparada sobre los pros y los contras de los sistemas bipartidistas y multipartidistas (moderados o extremadamente polarizados).

En el capítulo 10, ofrecemos un exhaustivo modelo explicativo del cierre del sistema de partidos. Este modelo incluye como controles, además de las variables analizadas en los cuatro capítulos anteriores, el tipo de sistema electoral y de régimen constitucional, así como el nivel de desarrollo económico. Después de examinar los factores determinantes de la volatilidad y

demostrar que el grado de cierre se puede explicar mejor que el de volatilidad, volvemos al análisis de la cadena causal que conecta cada uno de los cuatro factores principales con el cierre.

El capítulo 11 examina el impacto del cierre del sistema de partidos en la supervivencia y la calidad de la democracia. En cuanto a la primera, el cierre resulta ser muy significativo, mucho más importante que cualquier otro de los factores políticos que se han tenido en cuenta. Descubrimos que, de hecho, el cierre es una condición suficiente para la supervivencia de las democracias. Sin embargo, su relación con la calidad de la democracia depende del nivel de desarrollo económico. Además, entre las democracias postcomunistas, detectamos las consecuencias extremadamente dañinas de un elevado grado de cierre.

El epílogo pone los principales hallazgos del libro en perspectiva, examinando brevemente hasta qué punto los sistemas de partidos europeos han cambiado en estos últimos tres años. Asimismo, resume varios de los trabajos que hemos publicado después de 2021 y que vienen a complementar a todas luces la versión inglesa del libro.

LA LÓGICA DE LA COMPETICIÓN Y COOPERACIÓN ENTRE PARTIDOS

Bloques, polos, institucionalización y cierre

Los principales objetivos de este libro son representar el desarrollo y calcular la relevancia de la regularidad en las relaciones interpartidistas. Para ello, lo primero que debemos hacer es elaborar el concepto de relaciones interpartidistas. Mientras que la literatura tiende a definir los sistemas de partidos como un conjunto de relaciones competitivas, nosotros argumentamos que las pautas de cooperación son tan importantes como las de competición. La crucial importancia de la cooperación para las relaciones interpartidistas implica que los partidos no son siempre las unidades más relevantes de los sistemas multipartidistas.

Tomarse las etiquetas de los partidos al pie de la letra y suponer que estos son siempre el actor principal (o el único) resulta problemático, ya que dicha suposición nos lleva a asignar el mismo peso a todos los partidos políticos. De hecho, los partidos nunca son iguales desde el punto de vista de la estructura de sus relaciones. Algunos juegan un papel fundamental en la formación del discurso y en el escenario político, mientras que otros son marginales o, incluso, totalmente irrelevantes.

Para expresar de forma evidente la relevancia de la cooperación, nos basamos en el concepto de «bloques de partidos». Con el fin de reconocer el eminente papel estructural de determinados partidos o bloques de partidos, utilizamos el concepto de «polos». El primer concepto es un concepto empírico y se refiere a aquellos grupos de partidos que tienden a formar alianzas a nivel electoral, parlamentario o ejecutivo. El segundo es un concepto analítico que permite a los observadores diferenciar entre las distintas configuraciones de los sistemas de partidos (por ejemplo, bipolar, multipolar).

La primera parte del capítulo destaca y demuestra la importancia de la cooperación y habla sobre los conceptos de polos y bloques, ya que se trata

de unidades fundamentales de nuestro marco teórico. Una vez definido e ilustrado el significado de estos términos, abordamos el concepto central del libro: es decir, el cierre del sistema de partidos.

El concepto de cierre está también relacionado con el fenómeno de cooperación en el sentido en que se refiere al grado de regularidad y predictibilidad de las relaciones entre partidos mediante el análisis de las pautas de coalición. Continuando con el trabajo de Mair, la segunda parte del capítulo habla sobre los componentes del cierre y su relación con el concepto más amplio de institucionalización del sistema de partidos.

1. Cooperación frente a competición

La cooperación entre partidos es un hecho omnipresente en las democracias multipartidistas. Sin embargo, este aspecto de la política partidista está subestimado y no se ha estudiado lo suficiente. Tendemos a pensar en los partidos principalmente en el contexto de las campañas electorales. En consecuencia, los sistemas de partidos suelen analizarse desde el prisma conceptual de las configuraciones competitivas. La mayoría de los modelos de competición partidista dan por sentado que los partidos son maximizadores de votos, que las ganancias de unos partidos son pérdidas para otros y que los partidos son indiferentes respecto al equilibrio de apoyo entre otros partidos (Adams, Merrill y Groffman, 2005). El énfasis se pone casi siempre en los aspectos conflictivos de las relaciones entre un partido y otro.

De hecho, las interacciones entre partidos son rara vez de suma cero y, en la mayoría de los casos, estos no pueden permitirse el lujo de tener en cuenta únicamente sus propios resultados electorales. A un nivel más básico, los partidos deben preocuparse por los logros de los otros porque el número de sus escaños depende de la forma en que se distribuyen los votos otorgados a los demás partidos. El interés por el éxito de otro partido resulta aún más claro si consideramos la formación de un Gobierno multipartidista,¹ especialmente el hecho mismo de que la viabilidad de una coalición en particular depende del desempeño de los potenciales socios.

¹ En febrero de 2020, más de las tres cuartas partes de los Gobiernos europeos eran multipartidistas.

Los intereses conjuntos crean alianzas que determinan el funcionamiento general de los sistemas de partidos. Cuando la cooperación entre partidos tiende a ser estable, el propio sistema de partidos adquiere estabilidad (Mair, 2001; Rokkan, 1970). El papel estabilizador de las alianzas forjadas por las élites partidistas puede ser particularmente importante cuando los partidos no están bien anclados en grupos sociales organizados o en identificaciones partidistas duraderas.

Las relaciones de cooperación pueden tomar muchas formas: listas electorales conjuntas, fusiones de partidos, coaliciones (pre)electorales y la retirada de un candidato a favor de otro son las más evidentes. Los partidos también pueden fomentar el voto dual: si la estructura de la papeleta electoral es ordinal, en lugar de categórica, la segunda o tercera preferencia pueden canalizarse hacia los aliados. Presentar candidatos propios también puede equivaler a brindar apoyo entre partidos, ya que los principales partidos se suelen beneficiar del hecho de que un partido más pequeño divide el electorado del principal rival. Compartir recursos tales como patrocinio, infraestructura de campaña, donaciones, información relevante desde el punto de vista electoral y medios de comunicación, o complicidad en la formulación de leyes estatales (regulaciones de financiamiento de campañas, procedimientos legislativos, etc.) son otros ámbitos importantes de cooperación. Incluso las elecciones primarias para la selección de candidatos, asunto interno por excelencia de los partidos, se organizan ocasionalmente de manera conjunta.

La colaboración puede compensar las debilidades individuales. Si, por ejemplo, dos partidos están por debajo del umbral para entrar en la legislatura, hay un gran incentivo para que se presenten juntos. Las alianzas pueden compensar la falta de recursos o una asociación con muy poco atractivo ideológico, étnico o regional. Sin embargo, los partidos grandes y exitosos también se benefician de la asociación con actores más débiles. Gracias a esos votos o escaños adicionales, pueden llegar al poder ejecutivo.

Además, un socio pequeño puede destacar en áreas en las que un partido grande sea débil: conexiones internacionales, experiencia en áreas específicas, competencia, reputación o acceso a determinados grupos sociales. Consideremos el ejemplo del partido eslovaco Dirección (Smer). Smer alcanzó el estatus de partido importante al principio de su trayectoria, pero no pertenecía a una familia partidista europea y era ampliamente considerado como populista e irresponsable. Al absorber los restos del Partido de la

Izquierda Democrática (una agrupación política en decadencia) e iniciar la cooperación y posterior fusión con los Socialdemócratas (un partido menor), Smer pasó a formar parte del Partido de los Socialistas Europeos y consiguió dar una imagen de fiabilidad (Učen, 2004).

Otra lógica posible es el ejemplo del partido Fidesz en Hungría, que originalmente comenzó como un partido liberal. Cuando trató de reposicionarse como fuerza política conservadora, muchos conservadores tradicionales sospecharon de ello. El partido respondió a estas dudas creando diferentes formas de cooperación con partidos menores de derechas, incluyendo la nominación coordinada de candidatos y las listas electorales conjuntas. Estos partidos tenían cada vez menos fuerza electoral, pero poseían un genuino pedigrí conservador y ayudaron a Fidesz a recolocarse en el espacio político.

Que los partidos cooperen o no tiene que ver, por supuesto, con el entorno institucional, en especial el sistema electoral. En las obras que se han publicado sobre coordinación electoral (por ejemplo, Cox, 1997; Katz, 1980; Duverger, 1954) ha quedado demostrado que la relación entre sistemas electorales y el número de partidos está regida por normas cuasiuniversales, especialmente en cuanto a la relación entre la magnitud de la circunscripción (M) y el número de candidatos relevantes (equivalente a $M + 1$). No obstante, es poco probable que se puedan describir las formas de cooperación entre los partidos establecidos con una lógica tan simple, universal y frugal. El contexto y las normas locales juegan un papel primordial a la hora de determinar qué relaciones entre partidos son aceptables y cuánto tiempo deberían durar. La expectativa del entorno ofrece incentivos no institucionales, aunque poderosos. Por ejemplo, si los votantes y medios de comunicación consideran que hay partidos que pertenecen al mismo ámbito ideológico o representan al mismo sector social, se suele esperar de ellos que colaboren entre sí. Esta expectativa puede ser tan fuerte que las estrategias no colaborativas pueden carecer de legitimidad. Esto es especialmente así cuando los seguidores de los partidos están claramente definidos, como en el caso de partidos que representan a un grupo étnico o religioso en particular.

Las relaciones de cooperación no están únicamente influenciadas por la política partidista que rodea al contexto social, sino que pueden también moldear la naturaleza de las categorías sociopolíticas que se supone que deben representar los partidos. En los Países Bajos, el Partido Protestante

Antirrevolucionario, la Unión Histórica Cristiana y el Partido Popular Católico han colaborado a nivel gubernamental desde el inicio de la democracia parlamentaria. Sin embargo, esta colaboración se enmarcó originalmente como parte de la «diplomacia de cumbres» holandesa de «pilarización»: como un consejo formado por los líderes de las diferentes y potencialmente hostiles subsociedades del país (Daalder, 1966). La idea de que los partidos confesionales puedan constituir un solo bloque unificado, basado en sus intereses comunes (por ejemplo, financiación estatal de escuelas religiosas) y su visión cristiana común del mundo ha sido aceptada por los participantes y por el entorno social únicamente de forma gradual. Puede que estas coincidencias no hubiesen sido suficientes, pero un descenso en el apoyo electoral convenció finalmente a los partidos para construir una alianza formal en 1974 y presentarse bajo una misma coalición electoral en 1977. Posteriormente, esta colaboración electoral acabó convirtiéndose en un partido cohesionado en 1980, en base al cuál se creó una nueva identidad social democristiana. Estos argumentos y ejemplos subrayan el hecho de que la política partidista suele tomar una forma de empresa colectiva, no solo entre los votantes y los políticos de un partido, sino también entre los que pertenecen a unidades políticas diferentes. Con frecuencia, los partidos necesitan armonizar sus acciones para conseguir sus objetivos y, por ello, el análisis de las alianzas entre partidos debe ser un tema central de la ciencia política.

El abandono general de los aspectos colaborativos de la política partidista no significa que no se haya realizado ninguna investigación empírica en este campo. Por ejemplo, la literatura sobre los partidos cártel y la literatura sobre las coaliciones gubernamentales representan dos importantes programas de investigación en este contexto. La primera (Biezen y Kopecký, 2014; Katz y Mair, 2018; etc.) recalca la confabulación de los partidos establecidos contra los posibles rivales y las crecientes coincidencias entre estos partidos y el Estado. La segunda (Laver y Schofield, 1998; Strøm, 1990; etc.) trata de explicar por qué los Gobiernos se basan en combinaciones particulares de partidos. Ambas áreas de investigación tienden a ver los partidos de esta forma ahistórica, centrándose en la motivación instrumental que existe detrás de las alineaciones partidistas. La lógica de equipo de la política partidista aparece de forma más evidente en el estudio pionero de Golder (2006) sobre las coaliciones preelectorales,² en la investigación de

² Véase también Ibenskas (2016).

Green-Pedersen y Mortensen (2015), que permitió descubrir que los partidos prestan una atención particular a otros miembros del mismo bloque político, o en los análisis de Tavits (2008a), que demostraron que el hecho de retirarse de una coalición es castigado por anteriores socios de coalición, pero no por otros partidos. Aunque estos estudios no pretenden desafiar el principal enfoque centrado en la competición, señalan que la cooperación entre partidos es omnipresente y que las estrategias partidistas actuales están influenciadas por la historia de las relaciones entre los partidos. Lo que se echa de menos en estos estudios es la incorporación más explícita de experiencias anteriores en los modelos explicativos y la integración del estudio de las alianzas entre partidos en el debate sobre el cambio y la institucionalización de los sistemas de partidos. Este libro tiene el objetivo de hacer avanzar la investigación actual considerando estas dimensiones.

2. Bloques

Nuestro enfoque se basa en el clásico estudio de la estabilización de los sistemas de partidos europeos de Bartolini y Mair (1990). Esta obra (que, en cierta manera puede verse como una excepción entre los análisis comparativos cuantitativos) consideraba las alianzas entre partidos, o bloques de partidos, como unidades principales de la política partidista. Sin embargo, Bartolini y Mair usaban el término «bloques» de una forma un tanto particular, refiriéndose a partidos que comparten orígenes históricos y que se encuentran en el mismo lado del clivaje de clases. Esta definición, anclada a la estructura social, era de gran utilidad en los estudios centrados en el clivaje de la clase obrera, pero si pretendemos utilizar el término de forma más amplia, es necesario dejar de lado el elemento estructural social. En nuestros análisis, remplazamos la referencia a una base sociológica por una referencia a la cooperación (que los autores omitieron explícitamente de la definición original). Por consiguiente, entendemos por bloques aquellos partidos que tienden a cooperar entre sí basándose en una identidad política común.

Cabe destacar que ambos componentes (cooperación e identidad) son necesarios. No podemos identificar a los bloques basándonos simplemente en sus participaciones conjuntas en el Gobierno. Si la cooperación tiene lugar entre partidos que mantienen una identidad diferente, los términos

«bloque» o «alianza» no son apropiados. Especialmente en el caso de las grandes coaliciones, cuando el mensaje político de cooperación es precisamente que los campos opuestos trabajan juntos con un propósito global, la coalición propiamente dicha no se puede considerar como un bloque. El concepto de bloque implica un potencial de colaboración a largo plazo. Sin embargo, esta expectativa también significa que no es necesario que haya una colaboración real constante. Por ello, los miembros de un bloque pueden en ocasiones hacer campaña el uno contra el otro.

Es más probable que se creen identidades de bloque si la elección de los socios de coalición se hace en base a la ideología que si es por razones pragmáticas (Deegan-Krause y Enyedi, 2010). Los bloques de partidos son relevantes en los sistemas de partidos en los que las alternativas de coalición están integradas en patrones históricos e ideológicos (Enyedi y Casal Bértoa, 2011). Pero es importante recordar que la cooperación, a largo plazo, puede ser una fuente de identidad en sí misma. Los socios pueden desarrollar poco a poco imágenes convergentes de ellos mismos, incluso si sus posturas programáticas permanecen distintas. Y, todavía más importante, su entorno puede empezar a ver que forman una unidad integrada. Esto puede finalmente llevar a la formación de un bloque propiamente dicho.³

En países en los que las identidades políticas están definidas, las identidades individuales de los partidos pueden sobrevivir incluso en cooperaciones a largo plazo. No obstante, en contextos menos estables, por ejemplo, en democracias jóvenes o en sociedades en las que se están produciendo cambios a gran escala, las coaliciones pueden llevar de forma relativamente rápida a una identidad unificada. Si un partido socialdemócrata participa en una coalición de derechas, podría adquirir una imagen de derechas incluso si las políticas que representa dentro de la coalición son de izquierdas. El hecho de haber formado parte de la coalición de derechas puede posteriormente limitar las opciones de coalición de los socialdemócratas y definir su posición relativa en el espacio político.

³ Este hecho complica el trabajo empírico sobre los bloques de partidos. La afirmación de que, en algunos países, las verdaderas coaliciones se basan en la lógica de bloques no es muy significativa si la pertenencia a una coalición lleva a una identidad de bloque común. Afortunadamente, el desarrollo de la identidad de bloque basada en la cooperación gubernamental no es un fenómeno frecuente. En los países en los que ocurre, se puede abordar el reto dividiendo la trayectoria del sistema político en distintas fases o sistemas de partidos distintos (véase el capítulo 3 y el 4), dentro de los cuales la identidad de los partidos permanece inalterada.

Cuando los ciudadanos tratan a los partidos gobernantes como si fuesen un todo, únicamente por su cooperación continua y a pesar de sus ideologías y legados históricos divergentes, está justificado hablar de cártel. En estos casos, la identidad común es débil, apenas va más allá de la declaración de «somos los partidos responsables», y los propios partidos debaten la existencia de un bloque. No obstante, la imagen de un cártel dominante puede influir en el comportamiento de los votantes, provocando que algunos se abstengan de votar (considerando las escasas probabilidades de alternancia en el poder o de cambios importantes) y empujando a otros a apoyar a partidos que parezca que ofrecen una alternativa genuina.

La agrupación de partidos en bloques es principalmente una cuestión de decisión de las élites, pero también afecta a la identificación de los votantes. En los países en los que operan bloques de partidos, los ciudadanos también suelen desarrollar identidades de bloque (Mair, 2006). Los estudios sobre socialización política han demostrado que, en dichos países, los hijos que no tienen el mismo comportamiento electoral que sus padres suelen votar a otros partidos del mismo bloque (Ventura, 2001). Bartolini y Mair (1990) propusieron la necesidad de diferenciar entre volatilidad de bloque y volatilidad electoral general porque, en el mapa mental de los votantes, las fronteras entre los bloques suelen estar más definidas que las fronteras entre los partidos individuales.

3. Polos

Además de «bloque», otro término clave de nuestro vocabulario es «polo». Los polos hacen referencia a las alternativas ideológicas y gubernamentales básicas de un país. Si la cuestión es si el país estará gobernado por un Gobierno de izquierdas o de derechas, entonces el sistema es bipolar. Si también existe la posibilidad de un Gobierno agrario, en ese caso hay tres polos. Esos partidos o bloques de partidos que tienen el poder de determinar el puesto de primer ministro y las principales políticas del Gobierno constituyen polos aparte. Dichos partidos definen las principales apuestas de la competición electoral haciendo que los votantes elijan entre las alternativas gubernamentales e ideológicas que estos ofrecen. Dicho de otro modo, los polos son partidos (o grupos de partidos) que pueden formar un Gobierno y presentar una de las alternativas ideológicas fundamentales de

las elecciones. Mientras que es fácil que el número de partidos individuales de un sistema tenga dos dígitos, naturalmente el número de polos es más limitado. Los sistemas se pueden agrupar en pautas unipolares, bipolares, tripolares y multipolares, refiriéndose esta última categoría a la competición de más de tres polos.

El número de bloques y polos puede coincidir, pero no necesariamente. Tomemos el ejemplo de Israel y los Países Bajos. Por lo general, decimos que el sistema de partidos israelí, uno de los más fragmentados del mundo, está formado por cuatro bloques: partidos de izquierdas, partidos de derechas, partidos religiosos y partidos árabes (Mendilow, 2003). No cabe duda de que los partidos árabes y religiosos forman bloques: los respectivos partidos de estos dos grupos comparten una identidad y, dependiendo de los incentivos electorales, suelen formar alianzas electorales. Pero no constituyen polos, pues no tienen posibilidad alguna de determinar el perfil del Gobierno.

En cuanto a los Países Bajos, hay dos partidos liberales: el Partido Popular por la Libertad y la Democracia (VVD) y Demócratas 66 (D66). VVD constituye un polo por sí mismo porque puede determinar la dirección del Gobierno. Durante gran parte del último siglo, el Partido Laborista y los cristianodemócratas también podían considerarse polos, mientras que el partido radical liberal D66 nunca ha alcanzado este estatus, pues no tenía ninguna posibilidad de convertirse en socio principal de una coalición gubernamental. El caso holandés también sirve para mostrar la diferencia entre bloques y familias de partidos. D66 y VVD pertenecen a la misma familia: ambos son miembros de alianzas liberales internacionales. Sin embargo, forman parte de diferentes bloques. D66 pertenece al bloque progresista, donde el partido dominante ha sido por lo general el Partido Laborista.

Pensar en términos de configuraciones de polos nos permite identificar ocho tipos de sistemas de partidos. Los dos primeros pertenecen a la categoría unipolar. Si el sistema está dominado por un solo partido o federación de partidos en una relación adversaria con los actores secundarios que forman el otro segmento del escenario político, y si esos partidos no tienen ninguna posibilidad de desbancar a los titulares, entonces podemos hablar de un «sistema de partidos dominante». Si, por otro lado, hay un único polo, pero dicho polo está formado por la cooperación pragmática entre dos partidos ideológicamente diferentes, el nombre que proponemos es «sistema de partidos de gran coalición».

Los sistemas bipolares se pueden dividir a su vez en dos grupos principales. El primero se basa en la competición de dos partidos y, el segundo, de dos bloques de partidos. En los «sistemas de dos partidos», es probable que estos se centren en el votante mediano y, por consiguiente, que sus estrategias sean moderadas. La política partidista es muy predecible en el sentido en que uno de los dos partidos forma el Gobierno. Por otra parte, los «sistemas de dos bloques» tienen más probabilidades de permitir la supervivencia de partidos más radicales y, por ello, fomentar una pauta de competición más centrífuga.

En ocasiones, la lógica bipolar de la competición partidista se puede materializar incluso cuando hay tres actores principales. Esto ocurre cuando la rivalidad entre un partido de izquierdas y uno de derechas se complementa con el papel estratégico de una fuerza centrista, sin la cual no se puede formar Gobierno. En estos «sistemas de dos más uno», el partido (o bloque de partidos) del centro es capaz de inducir una dirección centrípeta a la competición. La configuración «dos más uno» es similar a lo que algunas tipologías de sistemas de partidos (como la de Blondel (1968) o Siaroff (2003)) denominan el tipo «dos y medio», pero hemos elegido un nombre diferente para recalcar que el partido del centro no tiene que ser necesariamente pequeño. En dichos sistemas, la competición evoluciona hacia una alternativa de izquierdas y una de derechas, pero ambas son significativamente moldeadas por el partido del centro.

Si los tres actores cuentan con un mismo tamaño y función, y si cada partido o bloque puede proporcionar el primer ministro, podemos hablar de un sistema «tripolar» en toda regla. En estos casos, justamente porque cada una de las fuerzas puede constituir, en principio, un Gobierno, es probable que la competición sea feroz.

La séptima configuración, el «sistema multipolar», se caracteriza (de forma similar al tipo tripolar) por la rotación de varios polos y de sus diferentes combinaciones en el poder, pero en este caso, la fragmentación es mayor y los Gobiernos se definen en torno a más de tres alternativas. Mientras que, en general, se supone que el aumento del número de polos provoca relaciones más contrarias y polarizadas, esta tendencia puede reducirse en las configuraciones multipolares por el hecho de que los Gobiernos tienden a basarse en cierto tipo de cooperación (al menos temporal) entre los polos. La constatación de que sin cooperación entre los polos no puede haber ningún Gobierno sostenible puede disuadir a los partidos de adoptar estrategias demasiado confrontadas.

Por último, diferenciamos el tipo en el que el escenario gubernamental está monopolizado por partidos centristas en presencia de al menos dos polos más, generalmente ocupados por partidos políticos antisistema o *antiestablishment*. Esta configuración «con base en el centro» se parece al patrón de «dos más uno», con la importante diferencia de que el bloque centrista, que también constituye un polo, es capaz de gobernar y los actores de fuera del bloque centrista se oponen al sistema político. Por lo general, hay dos alternativas principales al centro, pero en este caso su número no es importante pues no son «coalicionables». Por consiguiente, los partidos centristas están obligados a crear un Gobierno viable entre sus propios miembros. Esta configuración es similar a la del pluralismo polarizado propuesta por Sartori y, por ello, se espera que dichos sistemas estén caracterizados por una elevada polarización, ya que la apropiación del centro alienta a otros partidos a recurrir a estrategias centrífugas.⁴ Para concluir, los ocho sistemas mencionados no difieren únicamente en cuanto al número de polos, sino también en su configuración y en el grado probable de polarización, con sistemas basados en el centro, tripolares y multipolares asociados con la competencia centrífuga, y sistemas de dos más uno, grandes coaliciones y dos partidos asociados con estrategias centrípetas. Entremedio, se espera que los sistemas de dos bloques tengan un grado medio de polarización.

4. Institucionalización del sistema de partidos

Mientras que el primer punto de partida conceptual de este libro es la cooperación entre los partidos, el segundo es la institucionalización del sistema de partidos. Los dos fenómenos están relacionados. Los modos de competición y de cooperación entre los partidos pueden variar de una elección a otra o pueden materializarse en pautas estables. Si ocurre esto último, podemos considerar que el sistema de partidos está institucionalizado. Se espera que la estabilidad de los bloques, la disposición de los partidos a unirse y ser leales, y el número de alternativas realistas de Gobierno (polos) influyan en el grado de institucionalización del sistema de partidos, porque

⁴ Aunque Von Beyme (1985) consideraba que las grandes coaliciones y las coaliciones centristas seguían una lógica similar, nosotros postulamos que hay una considerable diferencia entre ellas: las grandes coaliciones implican centripetismo y los Gobiernos basados en el centro, centrifugismo.

cuanto más numerosas y divergentes sean las estrategias de los partidos individuales en un sistema de partidos, menos probable es que haya pautas de competición estables y predecibles.

En la literatura, la institucionalización del sistema de partidos no tiene una definición establecida ni una operacionalización aceptada de forma consensuada, aunque en general se entiende que la institucionalización misma se refiere

[al] proceso por el cual una práctica u organización se vuelve bien establecida y ampliamente conocida, si no universalmente aceptada. Los actores crean expectativas, orientaciones y comportamientos basados en la premisa de que esta práctica u organización prevalecerá en el futuro próximo. (Mainwaring y Scully, 1995: 4)

O, más sucintamente, al «proceso por el cual las organizaciones y los procedimientos adquieren valor y estabilidad» (Huntington, 1968: 12).

Dado que el núcleo de los sistemas de partidos lo proporcionan «las formas y modos de [...] coexistencia» entre los partidos (Duverger, 1954: 203) y, más específicamente, las interacciones entre los partidos relevantes (Smith, 1989; Sartori, 1976: 44), el proceso de institucionalización también debe referirse principalmente al proceso por el cual las pautas de interacción se vuelven rutinarias, predecibles y estables en el tiempo (Mair, 2001; Bakke y Sitter, 2005). De hecho, las definiciones de institucionalización del sistema de partidos tienden a enfatizar la persistencia (Riker y Ordeshook, 1973; Stinchcombe, 1965) y la continuidad en las pautas de las relaciones partidistas (Casal Bértoa, 2018; Mainwaring, 2018a; Lindberg, 2007; Przeworski, 1975). En los sistemas de partidos institucionalizados, los actores políticos, tanto los votantes como las élites, pueden crear expectativas claras sobre el desarrollo ordinario de la política (Mainwaring, 1998), desde las estrategias electorales de los partidos hasta su probable comportamiento en el Gobierno.

Dada la centralidad de las interacciones partidistas, existe una necesidad obvia de plasmar cómo de predecibles son las relaciones (de amistad o enemistad) entre los partidos, a fin de evaluar el grado de institucionalización sistémica. Sin embargo, el estudio de las relaciones partidistas supone todo un reto. Son fenómenos elusivos y con múltiples facetas que se desarrollan en muchos ámbitos y que no se prestan fácilmente a la representación numérica. Por ello, existe una brecha entre la conceptualización y la medición

de los sistemas de partidos. Mientras que la conceptualización se suele hacer en términos abstractos y genéricos como «pautas», «interdependencias» y «límites» (Bardi y Mair, 2008; Bartolini, 2007; Sartori, 1976), la medición suele centrarse en aspectos parciales como la distribución del apoyo electoral entre los partidos, las distancias ideológicas entre ellos o el número de partidos. Estos indicadores ofrecen información relevante sobre la naturaleza de la política partidista, pero no se refieren directamente a la cuestión de cómo los partidos compiten, forman alianzas y colaboran, si son amigos o enemigos, si se mantienen leales o se traicionan con frecuencia, y si las alternativas de Gobierno son predecibles o no.

La cuestión de la institucionalización del sistema de partidos cobró importancia durante el cambio de siglo, principalmente gracias al trabajo de Mainwaring, ya sea en solitario (1998, 1999, 2018a) o con Scully (1995), Torcal (2006) o Zoco (2007). Recientemente, se ha considerado el nivel de institucionalización como una dimensión fundamental de los sistemas de partidos, en la línea de la fragmentación o la polarización. Mainwaring propuso originalmente cuatro criterios para plasmar la institucionalización del sistema de partidos: (1) estabilidad en las pautas de competición de los partidos, (2) raíces estables en la sociedad, (3) legitimidad de los partidos y elecciones, y (4) fortaleza de las organizaciones de partidos. Como indica esta lista, y como reconoció el propio Mainwaring (Mainwaring y Zoco, 2007; Mainwaring, 2018a), solo el primer criterio se refiere directamente a las características relacionales. Los otros factores abordan la institucionalización partidista (criterios 2 y 4) o la consolidación de la democracia (criterio 3).

De manera similar, la mayoría de los estudios sobre los cambios y la estabilidad de los sistemas de partidos inscritos en las tradiciones *rokkniana* (Europa) o de realineamiento periódico (EE. UU.) se centran en el anclaje de los partidos en la sociedad y no en las pautas de interacción. Los indicadores de institucionalización del sistema de partidos que se suelen utilizar se basan en el número de partidos (p. ej., Horowitz y Browne, 2005), en la volatilidad electoral (p. ej., Chiaramonte y Emanuele, 2017; Mainwaring y Zoco, 2007; Tavits, 2005), o en ambos (p. ej., Booth y Robbins, 2010; Bielasiak, 2002; Morlino, 1998). Estas soluciones tienen la ventaja de ser relativamente simples y accesibles,⁵ pero comparten el

⁵ O, al menos, eso parece; para dificultades técnicas y sustanciales de la fragmentación y la volatilidad, véase CASAL BÉRTOA (2016) y CASAL BÉRTOA et al. (2017).

gran inconveniente de no plasmar la estructura de la competición entre partidos.

Fiarse de los índices de fragmentación tiene el inconveniente adicional de considerar a los partidos como las únicas unidades significativas, mientras que se suele ignorar a los bloques de partidos.⁶ Los índices basados en la fragmentación también son problemáticos porque asumen que la estabilidad del número de partidos implica la continuidad de los partidos, mientras que en realidad (especialmente en las nuevas democracias) los niveles estables de fragmentación suelen ocultar una rotación considerable en la lista de partidos competidores. Sin embargo, lo más importante es que el número de partidos no nos dice demasiado sobre cómo estos cooperan o compiten y, por lo tanto, la relación de esta cifra con la institucionalización del sistema puede ser, en el mejor de los casos, indirecta.

Las operacionalizaciones más utilizadas de la institucionalización del sistema de partidos se basan en el índice de volatilidad electoral de Pedersen, aunque este índice se diseñó para señalar la (in)estabilidad de las preferencias de los votantes y de las etiquetas de los partidos, no la forma en que los partidos compiten y cooperan (Mair, 1997; Pedersen, 1979).⁷

Para concluir, si bien el estudio de la institucionalización de los sistemas de partidos es uno de los segmentos más dinámicos dentro del ámbito de investigación de la política partidista, sus indicadores estándar pasan por alto el aspecto más relevante de los sistemas de partidos desde el punto de vista conceptual, es decir, el concepto de interacción. Por lo tanto, es necesario adoptar un enfoque diferente.

5. Concepto de cierre del sistema de partidos

En este libro, abordamos el fenómeno de la institucionalización del sistema de partidos a través del concepto de cierre. Tomamos como base el trabajo de Mair, quien introdujo el concepto por primera vez a mediados de la década de 1990, y luego lo perfeccionó y aplicó en una serie de estudios posteriores a lo largo de su vida, ya sea en solitario (1996, 1997, 2001,

⁶ Además, las coaliciones electorales suelen ser consideradas como partidos unificados.

⁷ Esto no implica que la fragmentación y la volatilidad no sean parámetros relevantes de los sistemas de partidos (ver ENYEDI y CASAL BÉRTOA, 2020). En los capítulos 8 y 10, examinamos su papel más de cerca.